

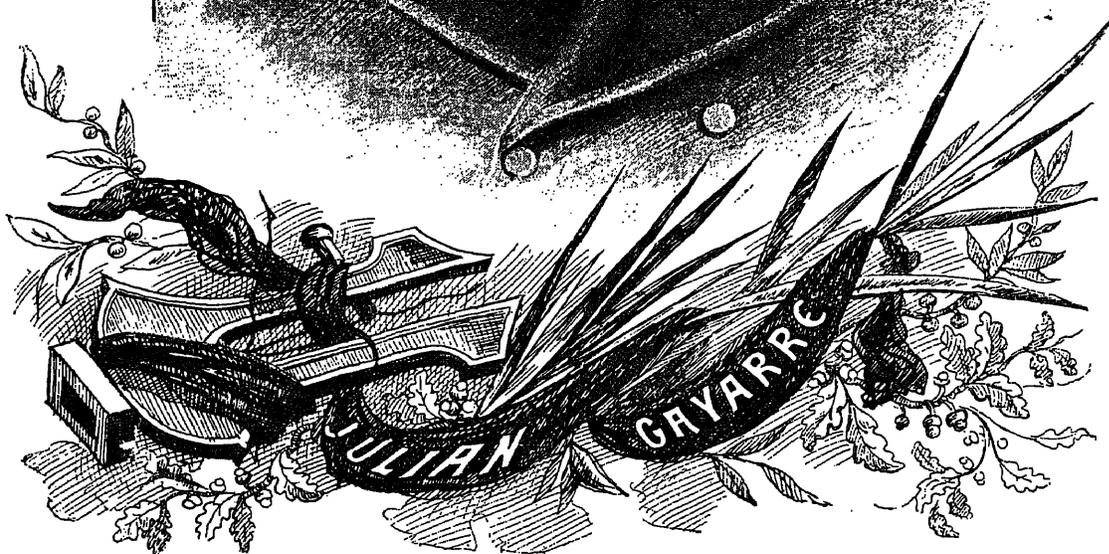
LA VASCONIA

REVISTA ILUSTRADA

AÑO 1

BUENOS AIRES, ENERO 2 DE 1894

N.º 9



† el 2 de Enero de 1890

1894....

LA VASCONIA saluda cariñosamente
á sus favorecedores, deseándoles un
feliz Año Nuevo.

NUEVO DOMICILIO

En atencion al éxito que ha alcanzado LA VASCONIA en el poco tiempo que lleva de existencia, y deseando corresponder debidamente á la entusiasta acogida que se la ha dispensado, tenemos el placer de comunicar á nuestros numerosos suscriptores, que desde la fecha hemos instalado la Redaccion y Administracion en las antiguas oficinas de la legacion chilena, calle México 524, á donde deberán dirigirse la correspondencia y todo lo referente á la publicacion.

LA VERDAD

SOBRE LA VIDA ARTÍSTICA

DE

JULIAN SEBASTIAN GAYARRE

Son hasta la fecha tantas las biografías publicadas del afamado tenor navarro, y tanto lo que de fabuloso é imaginario se encuentra en ellas, que consideraría improbo y difícil el trabajo de rectificarlas una por una; pero ya que la ocasion se me presenta propicia y los directores de LA VASCONIA son tan galantes, voy en el presente número á echar mi cuarto á espadas, no tanto por ser literatos españoles los que del malogrado Gayarre escribieron como si se tratase de un personaje de vida y antecedentes desconocidos, cuanto porque á seguir por ese camino, llegará día en que nadie tendrá del predilecto hijo del valle de Roncal otros datos biográficos que los suministrados por el capricho ó por el afán, tan común hoy, de escribir historia con materiales esencialmente novelescos.

Mi objeto, pues, al tomar la pluma, está reducido á salvar las inexactitudes de mas bulto contenidas en artículos que llevan las firmas de Fernandez Bromón, de Enciso, de Peña y Groñi, y á trazar con rasgos ligeros la vida del que siendo excelente y leal amigo mio, legó á España al morir un nombre esclarecido, sin rival en los anales de la escena lírica contemporánea.

Antes de entrar en materia, bueno es que á guisa de introito exponga que difícilmente se encontrará en España una provincia como la de Navarra, en la cual esté mas generalizado el sentimiento de lo bello para apreciar debidamente todas las partituras musicales, sin excepcion de gustos ni de escuelas. Pamplona, capital de aquel glorioso rincón de la Península, cuenta en su seno, costeada por el Municipio, una Escuela de música que nada tiene que envidiar á las mejores de Europa, y como hija de aquel centro de ins-

truccion cuenta, además, con la Sociedad de Conciertos denominada *Santa Cecilia*, hoy dirigida por el sabio cuanto modesto profesor D. Joaquin Maya.

Dicha Sociedad, émula de la que en Madrid dirige el célebre violinista Monasterio, interpreta magistralmente las mas difíciles piezas, hasta el punto que el renombrado compositor Saint Saens dijo, al oirla en su popular *Danza macabra*, que seria imposible aplaudir en Paris y Viena una orquesta que igualase á aquella en ejecucion y sentimiento.

Con el propósito de fomentar aptitudes tan especiales en las clases trabajadoras, se creó en el año 1864 un *Orfeon Pamplonés*, el cual tenia por único y exclusivo objeto educar en el canto á todos aquellos jóvenes que, imposibilitados de poder asistir durante el día á la Escuela de Música, quisieran recibir en las horas primeras de la noche una instruccion artística que, no solo contribuyera á reformar sus costumbres dulcificándolas, sino que los apartara del vicio en sus varias y repugnantes manifestaciones.

Alma y vida de aquella institucion fueron tres personas: el distinguido jurisconsulto D. Serafin Mata y Oneca, el ya citado músico D. Joaquin Maya y el fabricante de órganos y pianos D. Conrado García. A este último lo confundió lastimosamente el Sr. Fernandez Bremon con el músico D. Mariano García, que tampoco era por entonces organista de la catedral de Pamplona, sino maestro de su capilla y director efectivo de la Escuela de Música.

Fué pues, el *Orfeon Pamplonés*, la escena donde por vez primera reveló su talento artístico Gayarre, y el punto de partida para el vuelo de su fama, que pocos años despues habia de llenar el mundo.

Hay que advertir que Gayarre no trabajó nunca como dependiente de un comercio de telas en Pamplona, sino como operario de la fábrica de máquinas é instrumentos agrícolas propiedad de los Sres. Pinaqui y Sarvi, á la cual llegó directamente desde la herrería del honrado *Quilliri*, de Lumbier; pueblo insignificante hoy, pero muy recordado por haber sido con su castillo, en tiempos remotos, baluarte de D. Juan de Albret ó Labrit, último de los reyes de Navarra.

Cierto es todo cuanto Bremon y Enciso dicen acerca de la manera que Gayarre dió á conocer sus facultades delante de D. Hilarion Eslava, pero dejan de consignar que no fué, el mas tarde egregio tenor, el elegido por el célebre maestro para perfeccionar su educacion en el Conservatorio de Madrid, sino otro joven orfeonal, sereno de profesion, que presintiendo sin duda su cercana muerte, rehusó la merced que se le quería dispensar y contribuyó con sus súplicas á que Gayarre la aceptase.

Con el producto de suscripcion abierta entre los socios del orfeon, y no entre los orfeonales, Gayarre hizo su viaje á la coronada villa, donde obtuvo por unanimidad de votos una plaza dotada con 1.000 pesetas al año, no en el Conservatorio,

sino en la Real Capilla, de la cual era maestro su protector Esclava.

Con tan escasa ayuda, el que mas tarde habia de llegar á ser rey de los tenores, atendió á sus necesidades y educación musical en el Conservatorio, sabiamente dirigido por el maestro Arr'eta; pero la revolucion del 29 de Setiembre de 1868, destronando á Isabel II y suprimiendo el presupuesto del Real Palacio y de todas sus dependencias, dejó á Gayarre arruinado, sin la *vil onza* mensual como él llamaba, deducido un pequeño descuento, á la dozava parte de sus haberes.

Pobre y con escaso número de amigos, Gayarre ingresó en el cuerpo de coros del teatro de la Opera, llamado *Real* hasta entonces, y como en los viernes de cuarema se cerraran sus puertas á todo espectáculo, el presupuesto del aprendiz de tenor se equilibraba cantando por la noche con otros amigos en un café humilde, llamado *Café Español*, al cual acudíamos con inalterable perseverancia todos los estudiantes procedentes de la region vasco-navarra.

En uno de aquellos viernes inolvidables y durante el intermedio de la segunda á la tercera parte del concierto, Gayarre y el que estas líneas escribe apuraban una taza de café especial, cuando se entabló entre ambos el siguiente diálogo, que siempre he relatado con orgullo legítimo, puesto que decidió indudablemente de los destinos del gran artista.

—He visto esta tarde en el paseo de Recoletos, le dije, á Juan Cancio Mena, secretario de la D'putacion de Navarra, acompañado de sus antiguos amigos Julio Nombela y Carlos Frontaura.

—¿Los has saludado?

—Sí.

—Y ¿qué opinan de los acontecimientos políticos?

—Excepcion hecha del último, los otros muy poco ó nada simpatizan con la revolucion de Setiembre.

—De manera que dadas tus aficiones y radicales tendencias en política, habreis discutido acaloradamente?

—Todo lo contrario: el tema que se puso á discusion era muy simpático para los cuatro, asi es que las conclusiones han sido aceptadas por unanimidad.

—Y ¿en qué habeis convenido? En que á los intereses forales de Navarra conviene votar para diputados constituyentes una candidatura de demócratas, ó de carlistas?

—Hemos convenido, despues de discutir tranquilamente, en una cosa mucho mas importante: en que tu debes mañana sin falta acudir al *Hotel Pcninsular*, verte con la comision de Diputados provinciales, sobre la cual ejerce el predominio que le dan su gran corazon y su gran talento el amigo Mena, y arreglar el modo de que te voten cuanto antes una pension para terminar tus estudios en Italia.

—Y ¿crees que eso será posible?

—Tienes sobrados méritos para ello. Los inteligentes opinan que tu voz es admirable y que

una vez educada no tendrá rival en Europa. Por otra parte, tus adelantos y aplicacion en el Conservatorio se acreditan sobradamente con la medalla de plata obtenida en pública oposicion, y finalmente: creo que el patriotismo de los Diputados navarros es prenda segura para que alcances un éxito satisfactorio en tu demanda.

Al siguiente día Gayarre obtenia la promesa de una modesta pension y salía de Madrid para Pamplona con el fin de hacer los últimos preparativos de viaje y visitar la tierra que han inmortalizado los géneos de Bellini, Verdi y Donizzetti.

Votada la pension que fué de 1.500 pesetas anuales, se organizó un concierto que produjo 3.500, con lo cual se llegó á tener una suma suficiente para que sin grandes prodigalidades realizara Gayarre sus aspiraciones y el arte musical lo contase en el número de sus cultivadores mas queridos.

Larga y enojosa seria la tarea de relatar las vicisitudes porque Gayarre pasó antes de trabajar como protagonista y recibir el bautismo de los primeros aplausos. Todo lo que Bremon escribe respecto á la gira artística de Gayarre á Tudela es puro cuento. Ni al pianista Gainza, que le conocí desde que en su pueblo natal de Allo empezó á descollar por su fácil ejecución; ni á la diminuta cuanto bella tiple Matilde Estovan, que llegué á tratar hasta que se retiró de la escena; ni á nadie, en fin, he oido hablar de semejante aventura, que de realizarse en la segunda ciudad de Navarra, como Bremon dice, habia de ser conocida, no solo por tener en ella Gayarre muchos amigos, cuanto por ser aquella poblacion muy visitada durante las fiestas de su patrona Santa Ana, por numerosas gentes que afluyen de la capital. La inexactitud de la noticia sube de punto si se considera que nadie pudo tener la peregrina ocurrencia de buscar á Cúchares en demanda de auxilio para una empresa teatral, cuando todo el mundo sabe que el famoso torero habia muerto en la isla de Cuba, víctima del vómito negro, antes que Gayarre estuviese en condiciones de cantar una zarzuela.

Gayarre *debutó* en el teatro Cárcano, de Milan, con la ópera de Verdi *I Masnadieri*, y por cierto que el éxito fué muy favorable, á juzgar por los términos lisonjeros con que lo saludó toda la prensa.

Despues de sus excursiones á Rusia, Austria, y principales ciudades de Italia, no tengo noticia que antes de cantar en Madrid actuase en otro teatro español que el de Sevilla, desde cuyo punto me consta que salió contratado para Buenos Aires.

Difícilmente se borrarán de mi alma las dulces y consoladoras impresiones que recibí al estrechar la mano de Gayarre á su regreso de Sud-América. No era ya el diamante sin pulir, sino el que de múltiples y brillantes facetas, por hábil lapidario labrado, arroja luces deslumbradoras. Al oírle hablar del arte en sus varias manifestaciones; al escuchar de su boca, magistralmente declamados, versos de Dante y de Leopardi; al admirar sus juicios críticos sobre las principales obras literarias

y musicales del mundo; al ver sobre una mesa arrojadas á granel las joyas y coronas conquistadas por su mérito en la Atenas del Plata; me estremecí de orgullo, participé del vértigo general y saludé con lágrimas en los ojos aquella aurora que se aparecía de improviso sobre los horizontes de mi patria.

Había terminado ya la guerra civil y lo mismo los amigos del pretendiente Don Carlos que los que habíamos defendido con el arma al brazo las ideas de progreso y libertad, fraternizábamos en un banquete que para saludar á Gayarre daba en su espléndida casa de la calle Mayor, su infatigable Mecenas y amigo D. Conrado García.

Allí, al rededor de mesa suntuosa, se encontraban Juan Cancio Mena y Serafin Mata y Oneca, que habían sido diputados á guerra carlistas, y en los cuales he reconocido siempre, apesar de separarnos un abismo en política, dos de las grandes inteligencias dos de los caracteres puros y verdaderamente íntegros del noble solar navarro. Allí figuraban Juan Iturralde y Suit, el más amable y simpático de los hombres y el más concienzudo de los cronistas éuskaros; Arturo Campión y Jaymebon, joven escritor entonces, de alma apasionada y activa, y que hoy, sin tener la llama del genio, pero con ilustración sólida, es el San Pablo de una religión política muy distinta de la que predicó hasta los veinticinco años; Hermilio Olóriz, poeta de imaginación brillante, en el que he llegado á constituir una segunda naturaleza el espíritu de un partido esencialmente fuerista; Pedro de Gorritz, cuya muerte aún lloro, y que fué mi amigo y confidente más querido, talento artístico múltiple y prodigioso, al que siempre me incliné por un doble sentimiento de admiración y de respeto; allí, en fin, todo un círculo de aristócratas del saber que legarán su nombre á la historia de la region *euskaldunac*, de los cuales unos fueron mis maestros, otros mis condiscípulos y amigos; otros mis émulos y mis rivales y algunos de ellos mis más implacables enemigos. Hoy, en el completo aislamiento en que vivo, sin aquellas grandes pasiones que caracterizaron mi existencia, no tengo para juzgarlos sino palabras de cariño, lo cual demuestra que el tiempo, la distancia y los desengaños, engendran en el corazón del hombre el único criterio que puede fallar con entera imparcialidad y justicia.

El banquete terminó á las doce de la noche, y después de despedirse la mayor parte de los comensales, quedamos apenas cinco ó seis personas en el salón. Disipado el bullicio y la algazara, ya no llegaban á nosotros ni los quejidos de la envidia, ni los clamores de la ambición, ni los sarcasmos del vicio, ni toda esa algarabía que producen los encontrados intereses de la sociedad. El silencio reinaba en la naturaleza y la meditación en las conciencias. De pronto Gayarre, interpretando espontáneamente un deseo unánime se sentó al piano y cantó el *Ave María* de Gounod. Aquellas notas tenían el acento de las brisas nocturnas que susurran entre las ramas de los rosales, y daban al lenguaje misterioso de la música, tonos

desconocidos. La voz de Gayarre fué por breves momentos una cuerda empapada en lágrimas, algo superior á la quejumbrosa plegaria de los ángeles que gimen en el destierro de la vida, algo más grande y sublime que todos los placeres del mundo.

Dos días después, el ya famoso tenor salía de Pamplona con dirección á Londres, contratado para cantar durante la temporada de primavera en el renombrado coliseo de Gouwen-Garden.

Por espacio de tres meses estuvimos todos los amigos de Gayarre sin tener otras noticias de sus triunfos artísticos en la capital del Reino Unido que las que semanalmente reproducían del *Times* los periódicos e pañoles.

Una tarde el Director del *Eco de Navarra*, Nicanor Espoz, recibió expresiva carta del escritor Castro y Serrano, en la que entre otras cosas le proponía la plaza de *cicerone* en una expedición que proyectaba á las montañas de Navarra, con el fin de sustraerse á los rigores del verano que, durante los meses de Julio y Agosto, suelen ser insoportables en la capital de España. Se me invitó á ser uno de la partida y á mediados de Julio nos dirigimos, después de pernoctar en Aoiz, á las pintorescas alturas del famoso Roncesvalles.

Siempre han tenido para mí encanto indefinible la tradición y la naturaleza, así es que descaaba por momentos llegar al corazón de la epopeya de Vasconia, abrir mi alma á los ilustres muertos que hicieron lanzas de los picos de sus cordilleras para abatir el poderío de Carlo Magno, y escuchar el grito de independencia que todavía repiten aquellos bravos montañeses en su himno redentor conocido con el nombre de *Azlobikarko Kantia*.

Con emoción parecida á la que sobrecogió el ánimo de Godofredo de Boullón al descubrir las murallas de Jerusalén, y después de atravesar la *Azucena de Andresaro*, hermosa calle de pinos seculares que une el pueblo de Burguete con el de Roncesvalles, llegamos á la Colegiata de Santa María; magnífica iglesia visitada por cien generaciones, en la cual se guardan tantos tesoros para el patriotismo y tantas tumbas de héroes venerandas, de cuyas hazañas solo queda el nombre y cuatro lápidas rotas é ininteligibles, en las que parecen brillar estas fatídicas y desconsoladoras palabras: *jagui yace la esperanza!*

Como desde la cúspide de alto monte se divisa plácida y extensa llanura, así desde las cimas en que eleva sus torres la basílica de Roncesvalles se vé desfilir con todo su séquito de grandezas la historia de Navarra. Lo divino, lo épico, lo maravilloso de una gloria y de una nacionalidad perdidas para siempre en holocausto á otra nacionalidad más grande é inmortal; titanes resistiendo y destrozando el poderío de Roma en la figura estupenda de Sertorio; Cides aniquilando al frente de Sancho VIII el valor de los musulmanes en las Navas de Tolosa; reyes esforzados tremolando sus pendones gloriosos en homéricas empresas; Espoz y Mina con los defensores de la independencia patria en la lucha inmortal de 1808; y juntamente

con la visión de tantos espíritus varoniles, las creencias de mi hogar y de mi raza: todo pasaba ante los ojos de mi alma rodeado de místicas aureolas, mientras que del fondo de los precipicios del monte, que animarse parecía, se levantaban voces de extraña resonancia, semejantes al sonoro vibrar del alambre eléctrico, ó á los latidos del vapor que mueve los brazos de audaz locomotora.

Ocho días llevábamos de vivir tan cerca del cielo, ora recreándonos en la biblioteca de la Colegiata, tan rica en códices y libros raros y curiosos; ora saboreando las delicias de la mesa y de la conversación del Padre Pólit; ora perdiéndonos en aquellos bosques vírgenes y bravios; ora bebiendo las cristalinas aguas de la fuente en que Roldan exhaló el último suspiro; ora, en fin, contemplando el vuelo de las águilas y divisando apenas los caseríos y pueblecillos que se esconden entre los pliegues del terreno; cuando recibimos cartas de varios amigos de San Sebastian anunciándonos el feliz regreso de Gayarre.

Buscando variedad de impresiones y dejando costumbres nacidas al calor de instituciones alevemente muertas, abandonamos aquella cuna de la nacionalidad navarra para volver á gozar del lujo, de los contrastes y del movimiento que caracteriza los grandes centros de población. Dirigiéndonos al efecto por los Aduides y Valle de Baztan á la capital de Guipúzcoa.

Allí tuve nuevamente ocasión de abrazar á Gayarre, de oírle pintar con inimitable gracejo las costumbres inglesas y de escuchar su voz angelical, placer que disfrutamos muy pocos.

Por motivos que nadie se explicaba, ni siquiera su secretario y pariente Garjon y Barrera, pero que mas tarde dejaron de ser un enigma para mí, el tenor se había encerrado en hondas tristezas y melancolías, y siempre que le suplicaban que cantase se negaba con escusas que á nadie convencían. Al regresar del baño una tarde, nos detuvimos varios amigos á la puerta de la Iglesia Mayor de San Sebastian, mas que por devoción religiosa, atraídos por cierta noticia que se nos acababa de transmitir. Una vez en el templo supimos que en su coro estaban Gayarre, el crítico musical Peña y Goñi, el bardo Iparraguirre y el popular autor de *zorlicicos* Santestéban. Los ámbitos de aquel religioso retiro se encontraban vacíos, y como ya había caído la noche, rayos de luna clara penetraban por las ojivas jugando con las sombras y creando un mundo de fantasmás. De pronto el órgano, hábilmente pulsado, comenzó á poblar de notas el espacio y poco despues la voz de Gayarre entonaba una Salve original de Eslava, cuyas suaves armonías, libres del contacto de los hombres, y semejjando vírgenes sin mancha, se remontaban al Empíreo.

—Nunca, me decía algún tiempo despues el poeta Manterola, ha penetrado la música mas dulcemente en mi espíritu que aquella noche, nunca la sensación estética ha suscitado en mi ideas mas nobles, sentimientos mas puros y elevados, aspiraciones mas grandes ó infinitas.

Obedeciendo á impulsos en los que no dejaba

de tener notable influencia el dios alado, y un retrato de mujer ideal encerrado en preciosos marco de brillantes. Gayarre abandonó la playa *donostiarra* para vivir una corta temporada en el *Lago di Como*. En aquella hermosa region de Italia, cuyas gracias atraen á todos los que sueñan con la antigua belleza helénica, y cuyos mares seducen como el seno de virgen desposada, el gran artista halló consuelos inefables y pudo mas tranquilo volver á su patria, una vez firmado el contrato que para cantar en el Teatro Real de Madrid, le había remitido el empresario Robles.

Ocupaciones perentorias me obligaron poco tiempo despues, á no cumplir una palabra solemnemente empeñada: la de asistir al *debut* de Gayarre en la coronada villa. Sin embargo, aquel deseo ardiente de ver al amigo querido interpretar con todo el efecto mágico que dan á las representaciones escénicas el lujo de los trajes, el de las decoraciones y el interés de la acción dramática sobre todo, no tardó en realizarse. *La Favorita*, *Fausto*, *La Africana*; esos tres grandes poemas musicales fueron los que á muy poco de principiar la temporada tuvo la satisfacción de oír interpretados por el antiguo oficial de herrería, que ya consolidado en su fama mundial, recibía ovaciones continuadas, llegando el entusiasmo del público á consagrarlo como el primer tenor de su siglo.

Sé que ni una sola hoja de laurel podrán añadir mis elogios á la gloria impercedera del ilustre muerto.

Sé que este trabajo, escrito al correr de la pluma, es indigno del artista que tan á maravilla supo cautivarme, en las redes de su inspiración y de su genio.

Pero séame permitido, al menos, en el día que los españoles todos honran su memoria, asistir en espíritu á la tumba que allá, en el pintoresco pueblo de Roncal guarda sus cenizas, y depositar en ella humilde, pero fresca guirnalda de siempre-vivas.

J. J. Garcia Velloso.

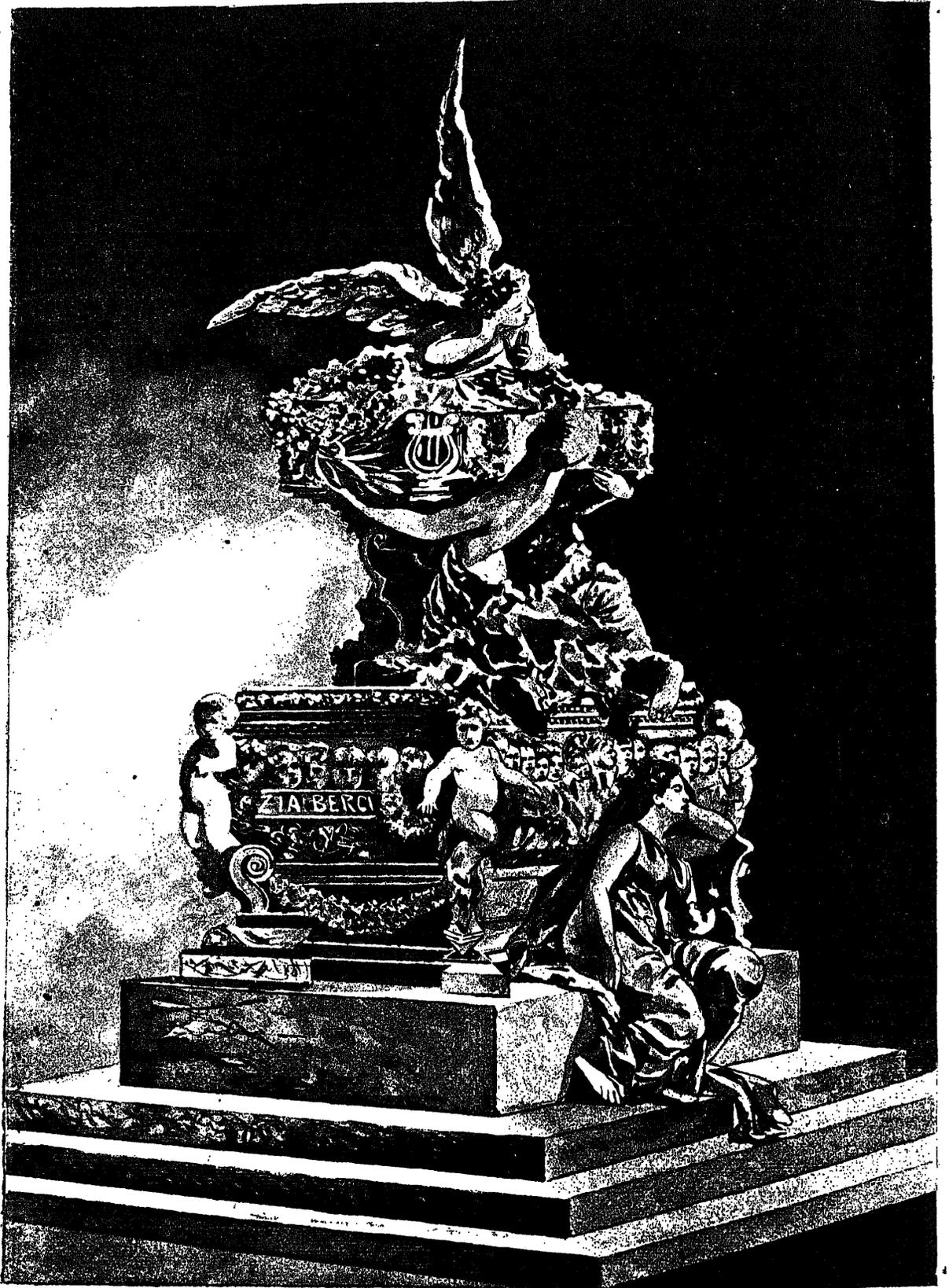
Buenos Aires, 2 Enero de 1894

Á GAYARRE

Julian Gayarre murió
por que lo sé yo de cierto,
hubo en el cielo un concierto
y Dios lo necesitó.

Y tanto y tanto llegó
Gayarre á sobresalir,
que aunque pudo conseguir
licencia para esta tierra,
la puerta San Pedro cierra
y no le deja venir.

M. FLOREZ.



MONUMENTO À JULIAN GAYARRE

NO PUEDO MAS...!

Con las escasas fuerzas de sus pocos años, débil, y acosado por las necesidades inherentes á un origen humilde, escaló con paso enérgico las vertiginosas pendientes del Roncal, ejerciendo la modesta profesion de pastor; á su endeble constitucion de niño, prestó fuerzas su espíritu de gigante haciéndole superior á los rigores del aguacero; rompió con su tierno pecho la nieve hacinada en los barrancos, y abrióse camino entre las retamas y malezas que se levantan en aquellas imponentes y silenciosas montañas; las zarzas y los espinos inerustándose traidoramente en sus piés, le arrancaron muchas veces gritos de dolor, pero siempre se sobrepuso su energía á las fatigas de una existencia lúca de sinsabores, y ni un solo día dejó de alcanzar la resguardada colina, donde tendía el redil á la caída de la tarde, para preservar á las ovejas scmetidas á su custodia, de las inclemencias del cielo y de las hambrientas alimañas.

Cerrada la noche, sólo, sin más amparo ni abrigo que una manta de burdo sayal, recuéstase sobre el tronco de un roble añoso; el cierzo entumece sus músculos, y aterido de frio no puede resarcirse con un sueño reparador del cansancio que le ocasiona durante el día, un trabajo mal relacionado con su edad y con sus fuerzas físicas.

El humilde pastorcillo roncalés, aquel que debía llenar con su solo nombre toda una epopeya artística, el que de origen oscuro había de dar noble alcurnia á sus ascendientes en lugar de recibirla de ellos, el que debía ser orgullo legítimo de la escena lírica, el exímio intérprete de la melodía, á cuyos divinos acentos se habían de conmover los corazones, estaba bien léjos de imaginarse los días de gloria que le esperaban; si cuando en sus ratos de ocio, siguiendo la tradicional costumbre de los pastores, escribía su nombre con la punta de tosca navaja sobre la dura corteza de seculares encinas, le hubiese dicho alguien al oído: «ese rótulo que dice «Gayarre» se ostentará en los soberbios vestíbulos de los templos del arte, se grabará sobre oro y brillantes de inestimable valor con caracteres imperecederos, se imprimirá en ricas cartulinas de marfil y de bristol, honrándose con poseerlas de tus manos los grandes y los magnates de la tierra, servirá de epígrafe en las columnas más interesantes de los diarios de mayor circulacion en el mundo, y en las calles, en las plazas, en los paseos más concurridos el público se apiñará á leerlo, y tu nombre correrá de boca en boca como corre la electricidad por los alambres que la conducen.» ¡Pobre zagal! si alguien le hubiera dicho todo esto, se le figuraría un sueño fantástico, es más, no le hubiese entendido.

**

Pasan unos cuantos años y la lucha por la existencia se vuelve más titánica para el hijo predilecto de Navarra.

Su cuerpo se vigoriza subiendo las empinadas

cuestas y trepando por aquellos escarpados peñascos, á cuyas cimbras solo alcanza el vuelo de las águilas; se fortalece todo su organismo en el continuo contacto con la bravía naturaleza de aquellos valles, y sintiéndose apto para trabajos que demanden mayores sacrificios, pero que reportasen al mismo tiempo más positivas ventajas para hacer frente á imperiosas necesidades de su idolatrada familia, el animoso pastor abandona sus ganados, dirígese á una herrería y consigue un puesto de aprendiz.

A su poderosa voluntad mas que á la accion de la fragua sométese el hierro dócilmente, adaptándose cual la blanda cera á todas las figuras ideadas por el novel obrero; pedazos de hierro caldeado y carbones encendidos impulsados violentamente por las toberas de los hornos le queman el rostro, el sudor corre copioso por su frente, y aquellas manos destinadas á rodcar en la escena el talle gentil de ideales y afamadas divas, aférranse á las tenazas y el martillo; el trabajo no puede ser mas rudo, pero la fatiga no amilana su espíritu y tambien en esta ocasion, luchando con su acostumbrada energía, vence todos los obstáculos que se oponen á su intento, y logra al fin sus deseos de hacerse un estimable oficial de herrería.

**

La casualidad hizo que se descubriesen en la garganta del herrero; inestimables tesoros de armonía; alguien le previene el hermoso horizonte que tiene en perspectiva y los días de gloria que le esperan; seducen al noble navarro estas revelaciones, siente germinar en su alma las dulces emanaciones del arte, y con aquella resolucion que caracterizó todos sus actos, abandona el duro yunque sobre el cual ganaba modestísimo salario y se dispone á nueva lucha por esos anhelados triunfos, que con tanto acierto le pronosticaban cuantos inteligentes habían escuchado aquella voz que aún impulimentada poseía encantos indefinibles, desconocidos, y era ya el presagio de aquel semidios á cuyos acentos melódicos y angelicales, debían rendir culto de admiracion y sorpresa las multitudes.

Si de pastor soportó con paciente resignacion las inclemencias del cielo, y de herrero aguantó con obstinada perseverancia la pesadez del trabajo, no tuvieron que ser menores sus esfuerzos para vencer los múltiples escollos del arte, pero nada se resiste á su enérgico carácter, comprende que se halla en un estado de crasa ignorancia y en lugar de atemorizarse ante este grave inconveniente, enciérrase en humilde bohardilla y del mismo modo que el hierro adquiere formas útiles bajo el poder de sus brazos hercúleos, así las ideas vertidas en los textos por los hombres que dan realce y esplendor al humano pensamiento, pulimentan su natural inteligencia, le educan el espíritu exquisito ya de suyo, y el que poco antes era rústico aldeano, queda como por obra de encantamiento, convertido en lo que vulgarmente se llama, un hombre distinguido, capaz de alternar dignamente en toda clase de círculos y sociedades.

Una existencia abundante en sacrificios y penurias precede á la gloria artística del inolvidable roncalés, de aquel incomparable Gayarre de alma apasionada, en cuyo corazón anidaba el sentimiento, y en cuya garganta le hizo Dios la merced de colocar el raro y sublime secreto de celestiales armonías, mágica lira, instrumento prodigioso cuya desaparición constituye una verdadera desgracia para el arte y una pérdida quizá irreparable para el teatro lírico.

Todas las contrariedades, todas las vicisitudes imaginables, las venció paso á paso con sin igual entereza, llegando por fin al pináculo de la gloria; la sanción popular premia su peregrino talento y su poderosa inspiración adjudicándole el justo título de *Rcy de los tenores*, y corona su frente con los laureles del triunfo, pero ¡ay! la felicidad humana es muy efímera, y nunca compensa los martirios que supone su logro.

Llega una noche que será de perpétua recordación en los anales del divino arte, y aquel sencillo cuán humilde pastor iluminado por el espléndido cielo de Navarra, aparece transformado en el arrogante personaje del *Pescador de perlas* sobre el lujoso escenario que simula la mansión de la opulencia: un público inmenso y frenético de entusiasmo saluda con estrepitosos aplausos al artista; después sigue un silencio sepulcral á los primeros preludios de la orquesta que preceden á aquella sublime romanza, los corazones palpitaban con violencia, la ansiedad es indescriptible, y al querer emitir el sin par cantante la primera nota de aquel poema musical, siéntese herido de muerte y que la voz se apaga en sus labios, y revelando las abundantes lágrimas que salen de sus ojos la terrible angustia que lo invade, exclama desfallecido: ¡No puedo más!

LUÍS JAIZQUIBEL.

Buenos Aires, 2 Enero de 1894.

Á JULIAN GAYARRE

¡Nota de arpa celestial!.....
 ¡Eco sublime de amor!
 ¡Himno de gloria eternal,
 Nació como el ruiseñor
 En las selvas del Roncall!

Obrero humilde y sencillo
 De un obscuro lugarcillo,
 Cantando el hambre distrajo
 A los golpes del martillo
 Sobre el yunque del trabajo.

Sintió la noble ansiedad
 Del arte, y rompió su encierro
 con firme seguridad;
 ¡Que su dura voluntad
 Se formó blandiendo hierro!

Al templo del arte fiel
 Voló buscando laurel,
 Y dando glorioso ejemplo,

Subió hasta el altar del templo
 Y se hizo adorar en él.

Cantando amantés favores
 Su voz era la sonrisa
 Del ángel de los amores:
 ¡El suspiro de la brisa
 Que se duerme entre las flores!

Gimiendo celoso aían
 eran sus tristes congojas
 Lava de ardiente volcán:
 Rugido del huracán
 Que arrastra las mustias hojas.

Y cuando á Dios dirigía
 Su plegaria, parecía
 Que la fe sublime y santa
 Desde el cielo descendía
 Para endulzar su harganta.

¡La muerte rásirera y vil
 A mayor gloria le incita,
 Y sube ardiente y febril
 A su mansion *favorita*
 el espíritu gentil!

.....

 ¡Ha muerto!.... ¡Su egregia palma
 Le cubre! ¡Yacen en calma
 Las cuerdas del arpa rotas,
 Pero vibrarán sus notas
 Siempre en el fondo del alma!

Se recordará su acento
 Siempre que en amargas cuitas
 Vierta el ave su tormento,
 Y siempre que gima el viento.
 Entre las flores marchitas.

Se oirán con angustia loca
 Los ayes que por su boca
 Lanzó el alma turbulenta
 Mientras ruja la tormenta
 En los huecos de la roca.

Se oirá su dulce armonía
 Mientras el amor no cese
 Y haya un grito de agonía,
 Y haya una madre que besa,
 Y haya un hijo que sonría.....

De esta gloria terrenal
 Nadie alcanzó lauro igual....
 ¡Busca otra vida mejor!.....
 ¡Vuelvo, muerto ruiseñor,
 A las selvas del Roncall!

¡Vuelve á tu nido de amores!
 ¡Sobre tus robustas alas
 Llevas lágrimas y flores,
 Que son las únicas galas
 Que lucen los trovadores!

No alcanzó mayor poder
 Ni el César que á un mundo azota:
 ¡Tú, ese mundo al recorrer;
 Lo venciste en una nota
 Que es más sublime vencer!

JOSE JACKSON VETAN.

PAMPLONA

LA FUNDICION
DE
PINAQUI Y SARVI
DONDE TRABAJÓ JULIAN GAYARRE

Un buen amigo que reside en Pamplona y al cual comunicamos nuestro deseo de dedicar un número de LA VASCONIA exclusivamente á Gayarre, ha tenido la feliz ocurrencia de remitirnos una fotografia de la fábrica de instrumentos agrícolas de la cual fué operario en sus mocedades el célebre tenor navarro, en la época que el referido establecimiento pertenecía á los laboriosos industriales señores Pinaquí y Sarvi, y al cual ingresó Gayarre, despues de haber hecho el aprendizaje en el pueblito de Lumbier, en la modesta herreria de *Quilliri*.

Actualmente pertenece esta fábrica al Sr. Conde de la Rosa.

Situada en un costado de la poblacion se encuentra rodeada de árboles altísimos contribuyendo á embellecer el paisaje, el rio que pasa á muy corta distancia, sobre el cual existe un viejo puente de piedra cuya vista acompaña á la del establecimiento.

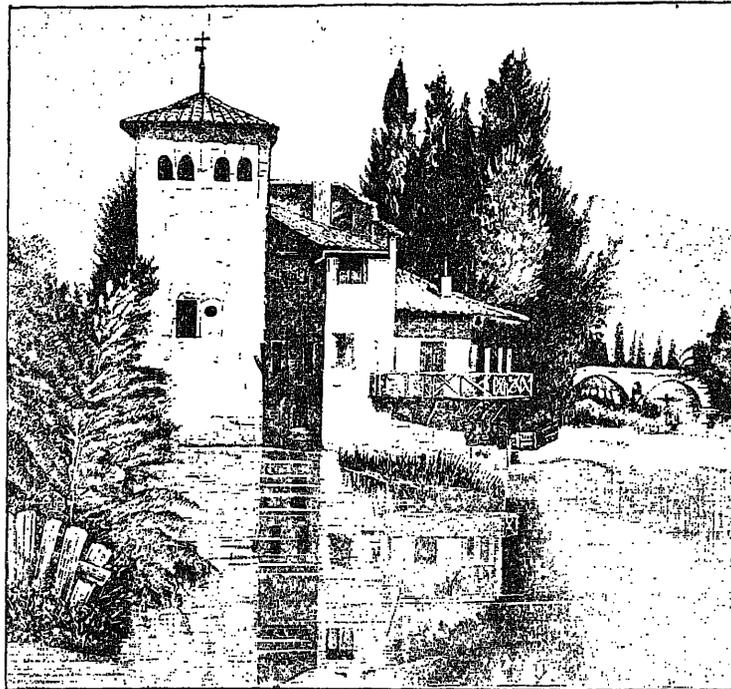
Gayarre trabajó en esta fábrica por los años 1860 al 65 y cuéntase que fué uno de los mejores operarios que hubo en ella por aquel tiempo.

Como la mayor parte de sus compañeros de trabajo era aficionado á la música y allí fué donde el maestro Eslava conoció sus notables facultades para el canto. Nuestro distinguido paisano y popular literato navarro señor J. J. Garcia Velloso que ha tenido la amabilidad de prestarnos su valioso concurso en el presente número, relata con gran verdad y brillantez aquellos episodios de los cuales surgió la gloria artística del insigne roncalés.

MONUMENTO A GAYARRE

ERIGIDO EN EL RONCAL

Digno del malogrado tenor es el monumento conmemorativo con que la familia del ilus-



tre muerto ha perpetuado su memoria en el Roncal.

Gayarre por temor de ser olvidado, pues sabido es que los cantantes no son recordados con verdadero entusiasmo mas que por aquella generacion que ha tenido la dicha de oírlos, no es como el poeta, el escultor ó el músico que sus obras se encargan de pregonar su talento, temeroso de este olvido decíamos, quiso legar á la posteridad una obra de caridad que llevase su nombre, pero la muerte le sorprendió inesperadamente y no pudo llevar á cabo sus nobles propósitos para cuya realizacion tenía intencion de emplear el importe de sus contratos de aquel año en Europa y América y que ascendían á un millón y medio de pesetas.

Su familia solícita á su voluntad, encargó al afamado escultor valenciano D. Mariano Benlliure, la ejecucion de la obra que resulta acabadísima y de una concepcion admirable, digno recuerdo de aquel genio del arte. Adquiere mayor severidad el monumento en aquel delicioso y amado rincón en donde como decía el pobre Gayarre se oyen mas apagados los ecos del mundo.



JULIAN GAYARRE

En traje de «El pescador de Perlas.» última ópera que cantó

LAS TRES ETAPAS DEL GRAN TENOR

I

Mi primer recuerdo de Gayarre data de uno de los más hermosos años de mi niñez, y para que todo fuese bello, de Sevilla en Abril, en el mes de las fiestas de aquella tierra y de su ciclo.

Nunca había oído al rey de nuestros tenores, y ardía en impaciencia de escuchar aquella voz tan universalmente admirada. Era uno de los más bellos días de Abril; pero los carteles anunciaban «Favorita,» y hubiese querido apagar de un soplo todos los esplendores diurnos

para encontrarme de improviso en aquella noche, con tan febril ansiedad esperada.

Llegó por fin, tan perczosa como anhelada, y ya vestidos para ir al teatro, inoportuna visita nos detuvo prolongando el tormento de mi vehementísima impaciencia, hasta el punto de que cuando al cabo atravesábamos el vestíbulo de nuestra Opera sevillana, la de Donizzetti llegaba al cuarto acto.

Subiendo las anchas escaleras, oíamos el coro de los frailes: abrí violentamente la puerta del palco, tiré los abrigos; la hermosa y alegre sala del teatro de San Fernando aparecióseme de golpe, con su oscuro fondo rojo, sus ligeras columnitas y barandajes dorados, y sus profusos racimos de luces de gas ardiendo dentro de blancas bombas opacas; aparecióseme con su brillante público de la temporada de ópera, con sus elegantes palcos y platcas abiertas y corridas, rodeadas de un coro espléndido de jóvenes y bellísimas mujeres vestidas de telas ligeras y vaporosas, adornadas de perlas y brillantes, y de lo que vale más, de rosas sevillanas, de rosas blancas, amarillas, nacaradas, suavísimas de color y tan ricas de esencia que la sala de espectáculos exhala en esos días primaverales perfumes de vergel encantado.

La concurrencia era lucidísima, había singulares *toilettes*, muchas joyas, mucho correcto frac, mucho vistoso uniforme, gran concurso de damas de la corte, de forasteros y turistas.... pero yo no ví entonces nada de esto que observé despues en el entreacto.—sentí la presencia de la multitud y nada más: toda mi atención estaba en la escena. Cuando llegué al palco terminaba el coro de los frailes, y el novicio *Fernando*, con su hábito blanco y el rostro resplandeciente de una expresión soñadora y (no encuentro calificativo más propio) luminosa, adelantábase al proscenio, mientras la orquesta preludiaba la dulcísima romanza. El público, aquel enorme ser colectivo, no hablaba, no se movía, no respiraba, su ansiedad expectante era solemne, religiosa y tan intensa, que, aunque breve, determinaba un malestar, un estado fisiológico insostenible.

Gayarre estaba entonces en aquella época de su primavera artística, en que su voz, menos viril, era, si no más pura y perfecta, mas delicada y juvenil, poseía más el *eterno femenino* del arte; era, en fin, una voz de hombre tan mística y suave como nos imaginamos las voces de los ángeles. La nota surgía pura y diáfana de su garganta privilegiada, brotaba como verbo de luz de sus labios, que al exhalarla modelaban una sonrisa: se ensanchaba gallarda por el espacio como globo de fuego que se dilata en deslumbrantes rayos y otra vez condensada, recogida en suspiro celeste se elevaba, subía, subía alejándose, desvaneciéndose hasta perderse en lo infinito. Y allí se iba fascinada, esclava, pendiente de ella el alma de los oyentes, que cuando cesaba el canto sentía la dolorosa impresión de una caída del cielo.

Tal fué mi sensacion al terminar la romanza. Parecióme que gradualmente se cerraban las puertas de la gloria, borrábanse en el éter las angélicas visiones, se apagaban en el espacio los místicos esplendores y espiraban en el aire las celestiales armonías. Yo no aplaudía, no hablaba; y cuando para ocultar mi emocion intentaba simular una sonrisa, no podía. Había gozado tanto, tanto, que sufría verdaderamente. Aquel goce divino era un abuso, era un exceso celestial para un organismo humano.

¡Cómo cantó Gayarre aquella noche! Yo no sé si la primavera de Sevilla con todos sus perfumes de azahares se habia metido en su garganta, ó si toda la poesía de la patria de Becquer y Murillo se le habia entrado en el alma. Decida esta cuestion la ciencia que estudió su laringe, ó el arte que inmortaliza su recuerdo.

¿Era el ambiente primaveral de mi tierra el que, vigorizando su organismo, le permitió emitir aquellas notas? ¿Era el ambiente inmortal de gloria, de ensueños y fantasías que envuelve la romántica belleza de la ciudad de Isidoros y Fernandos; de Herreros y Riojas, de Murillos y Velazquez; de la patria legendaria del Rey don Pedro y de Don Juan Tenorio, de la tierra de tradicion y de los monumentos, de la cuna de la primavera y la poesía, el que llenando el alma del artista sugirióla tan sublimes inspiraciones? No lo sé. Acaso fueran ambas influencias. Solo recuerdo que aquella noche no dormí con sueño material, y que envuelta en un ensueño delicioso, viendo por entre los párpados mal cerrados la luz intensa de aquella clarísima luna de Sevilla, que como el sol, filtrándose á través de puertas y cortinas, iluminaba con claridad fantástica mi alcoba, en aquella penumbra de sueño, éxtasis y resplandor sidéreo, sonaba clara, distinta, arrobadora en mis oídos y en mi alma, la voz del tenor-ángel, que en medio de los esplendores celestes cantaba acompañándose con un arpa de oro: *Spirto gentil*.....

II

Un año, quizá dos años, habian trascurrido desde que oí á Gayarre por primera vez en aquel inimitable *Fernando*, que nadie, nadie volverá á expresar como él, cuando se anunció en Sevilla que el insigne tenor cantaría en nuestra augusta Basílica, el *Miserere*, de Eslava.

¡Gayarre, la catedral de Sevilla, dos glorias que actualmente no tienen otra vida que la del recuerdo!..... «*Nessun maggior dolore*...» dijo el Dante. ¡Ay! Pero, á pesar del Dante, ¡qué hermosamente triste es recordar en el dolor el bien perdido! «*Recordar es vivir*,» ha dicho otro gran poeta, y aquella noche de *Miserere* es una de las mas dulces memorias de mi vida.

Era la del *Fuertes Santo*, y aun no habia cerrado por entero, cuando el público impaciente comenzaba á llenar el grandioso templo. Todas sus puertas estaban abiertas; por la contigua á la Giralda salía la última *Cofradía* de la tarde,

y ya canónigos y llaveros andaban colocando en las capillas á la gente influyente que deseaba posesionarse de ellas, como si se tratara de palcos de la ópera; otros, que preferian oír desde lo alto, subian por las escaleras interiores, y pronto el calado Triforio apareció coronado por una cornisa viva.

¡Qué hermosa estaba la catedral! En el trascoro el colosal *Monumento* cuajado de cirios y lámparas de plata, resplandecía como una pira de fuego; era al decir de la gente, *un áscua de oro*; era dentro del templo suntuoso, la mística *Domus aurea*, en que reposaba la divinidad de Dios.

Al otro lado, el monumental retablo cubierto del litúrgico velo de aquellos luctuosos días, y en la cima de aquel inmenso altar fantasma, casi tocando en la clave de la bóveda, la augusta imágen del Crucificado, sobre el ancho dosel negra franjado de oro.

En ambos lados del crucero los enormes rosetones transparentando la luna por sus multicolores discos y debajo de ellos, ambas puertas abiertas, mostrando la una el severo *Consulado* con sus clásicas líneas herrerianas, y la otra el alegre *Patio de los naranjos*, con sus copudos árboles cuajados de azahares, cuyo voluptuoso perfume alteraba la atmósfera de la austera catedral, semejante á profano ensueño de amores filtrándose tentador en el alma de un asceta.

Cuando se alejó la última procesion, cerráronse ambas puertas laterales, quedando las demás abiertas al público que, poco á poco, invadía, llenaba, macizaba literalmente las dilatadísimas naves.

Trascurrió largo tiempo, y cuando el gobernador y sus polizontes, provistos de sendas hachas de cera, comenzaron á girar la *ronda* tradicional, un tumulto incesante produjose entre la multitud, que hubiera necesitado evaporarse para dejar espacio libre. Arrollóse la gente sobre sí misma, y entre gritos, aprietos y empujones desfilaron uno á uno los de la *ronda*, cuyas luces iluminaban al pasar un mar hirviente de cabezas y miembros agitados.

Sobre el oscuro fondo de la capilla mayor comenzaron á brillar como puntos de oro las lucitas en los atriles de los músicos; pronto el numeroso cuerpo de coros llenó la extensa gradería del presbiterio, y al apagarse las últimas vibraciones de la postrera campanada de las diez sonó con litúrgica precision el primer acorde de la obra maestra de Eslava.

Quince mil personas habia dentro de la catedral y todas ellas estaban tan calladas, tan inmóviles como las estatuas de sus sepulcros. Quince mil corazones esperaban palpitantes de emocion que sonara el acento sobrehumano de aquel tenor sin igual. Y elevándose reposada, dulce, magestuosa, verdaderamente mística, la voz incomparable cantó: *Miserere*.... y de la inmensa multitud se exhaló impetuosa, magnífica, imponente, una simultánea exclamacion de

asombro, que resonó por las gigantes bóvedas como el rugido soberbio del Océano.

Terminado el hermoso versículo, enmudecida la robusta armonía de coros é instrumentos, las líricas voces de niños y sacerdotes, acompañadas por los graves acentos del órgano, sonaron respondiendo al musical poema con la beatífica austeridad del *canto llano*.

Volvieron á resonar los instrumentos, volvieron á vibrar las poderosas voces de teatro y tornó de nuevo á responderles sonoro y reposado el coro de sacerdotes y de niños entonando la queja elegíaca del Rey-Profeta. ¡Cuánta solemnidad en aquel imponente diálogo musical en que parecen interrogarse y responderse los trágicos lamentos de la tierra y los victoriosos himnos del cielo! La *Iglesia militante* gime con la voz del salmista sobre el arpa doliente del profeta, y *la triunfante* le responde con el canto divino de las celestes gerarquías.

Y para dar mayor vigor y apariencia de verdad á aquel sublime contraste, de entre las magníficas armonías de la orquesta y los coros una voz más que humana, la sola voz digna de aquel templo, de aquella solemnidad y aquel canto, la voz angélica, la voz única de Gayarre, levantábase á intervalos suavísima, nítida, celestial, pronunciando tan distinta, tan sonora, tan etérea, tan pura, tan mística, las augustas palabras de la inmortal lamentación davidica, que aquel verbo sagrado con alas de armonía pareció emitido en las alturas por los labios divinos de un arcángel.

¡Cuán grandioso y cristiano el interior severo de aquella imponente fábrica, y cuán hermosa y beatífica resonando bajo sus naves la voz reráfica de Gayarre!

Si aquella augusta catedral se hubiese animado, hubiera tenido por alma el «Miserere» de Eslava; si aquella excelsa armonía de piedra hubiese podido entonar el himno gigante y romántico de sus históricas grandezas y de sus cristianas glorias, hubiera tenido por voz la voz suavísima de aquel tenor de los ángeles.

Yo veía el hermoso templo trasfigurado á la luz de sus fuerzas conmoverse como estremecido por emoción prodigiosa; sus enormes nervios de piedra se contraían en convulsa tracción; sus bóvedas, inundadas de luz, de incienso y de armonías como cerebro inmenso, llenábanse de una idea sublime: sus rosetones resplandecían como dos colosales pupilas bañadas en resplandor sídoreo y del ambiente tibio cargado de perfumes de azahar, vapor de incienso, suspiros y oraciones, se engendraba una voz solemne mística, una voz religiosa, más que humana, la voz del templo que cantaba el himno grandioso de David. La voz beatífica del templo que con los ecos de las plegarias seculares entonaba el eterno Miserere.

La voz de Gayarre, tan severa y arrobadora en la expresión de los sagrados cantos, era el verbo divino de aquel armónico organismo de piedra.

¡Ay, ya el asombroso organismo desmembrado cayó deshecho en ruina colosal desoladora, y aquel acento que parecía verbo de su grandeza y misticismo, espiró helado por el soplo destructor de la muerte!

III.

Todo Madrid, España entera lloraba la del tenor insigne; y hasta la misma naturaleza parecía asociarse al duelo nacional.

Madrid estaba cubierto de nieve: llovía á menudo, una lluvia helada, que parecía las lágrimas del cielo congeladas de terror.

La Plaza de Oriente estaba llena de inmensa muchedumbre que aguardaba la hora del entierro. Sobre la copa de los árboles, y abrazados á aquellas herroqueñas estatuas de reyes, que la intemperie ilustra y embellece allí, á su modo, hacínábanse racimos de curiosos; ante la casa mortuoria esperaba la opulenta carroza exornada con todas las profanidades del lujo funerario, y en derredor de la carroza agrupábanse multitud de carruajes, y se congregaba el numeroso duelo.

Llegó el clero parroquial con cruz alzada, sacaron en hombros el rico ataúd de hierro galvanizado, y echaron sobre él un monte de coronas y de flores, última ofrenda de amor al hombre y de entusiasmo al artista, últimas flores y últimas coronas consagradas á aquel que tantas conquistó en su gloriosa vida.

Púsose en marcha el cortejo; pasó por la Plaza de Isabel II, detúvose ante el Conservatorio donde Gayarre recibió las primeras nociones del *divino arte*, y allí los maestros depositaron sobre el ataúd del discípulo inmortal otra corona. Llegó el entierro al vestíbulo del teatro Real, de aquella escena de sus triunfos sin ejemplo, y allí la orquesta que tantas veces acompañó su voz querida, la orquesta aquella tantas veces dominada por su viril acento, la orquesta que nunca más volvería á asociarse á su inspirado canto, gemía tristemente entonando como huérfana y dolorida la marcha fúnebre de Chopín.

Extinguióse la marcha y las voces teatrales que pocas noches ántes se mezclaban á la del glorioso compañero, entonaron el coro de frailes del cuarto acto de «Favorita,» aquel coro que precede al «*Spirto gentil*.»

Aquel coro era el prólogo de su inmortal romanza y el cadáver del tenor debió estremecerse á su influjo debajo de sus últimos laureles.

Pero cesó el coro de frailes y la orquesta preludió la romanza... La carroza comenzó á moverse, como si el muerto no pudiese resistir á aquel recuerdo de su pasada gloria. El fúnebre cortejo se puso en marcha, y la música, doliente y desolada como viuda de aquella voz incomparable, seguía cantando sola, mientras la multitud lloraba estremecida: «*Spirto gentil*....»

BLANCA DE LOS RÍOS.